

país. Algunas misiones particulares se hicieron con grandísimo fruto de las almas a determinadas regiones, y no debemos olvidar dos un poco extraordinarias que se mandaron desde Bogotá en este tiempo. Una fué a la isla de Santo Domingo, en 1649. Cierta español había dejado en su testamento una gruesa manda, para que se fundase en la isla alguna residencia de la Compañía. El P. Provincial del Nuevo Reino envió a evangelizar en ella a los PP. Damián de Buitrago y Andrés de Solís, con un Hermano coadjutor. Todos tres trabajaron gloriosamente durante un año, y, sobre todo, se desvivieron los Padres por socorrer espiritualmente a los fieles en la Cuaresma de 1650. Pero cuando se pensaba dar los primeros pasos para establecer la residencia, he aquí que sobreviene una peste, y dedicándose los dos misioneros al servicio de los enfermos, sucumbieron ambos víctimas de su caridad (1). Otros dos Padres fueron enviados por el mismo tiempo a Guayana, a petición de D. Martín de Mendoza, Gobernador de esta población. Apenas llegaron murió uno de ellos, llamado Andrés Ignacio. El otro trabajó apostólicamente algún tiempo entre los españoles y algunos indios del contorno, pero hubo de volverse a Bogotá, porque no se veía posibilidad de establecer allí ningún domicilio de la Compañía. En este estado se hallaban las cosas cuando el año 1651 quiso Dios visitar a esta provincia con la grave calamidad de una peste que se llevó a muchos sujetos. Sólo en el colegio de Cartagena murieron de ella nueve individuos. Imagínese el lector cómo se quedaría una provincia corta con la merma de tantos sujetos. Por eso el año 1652, en las anuas que mandó a Roma el P. Provincial Gabriel de Melgar, vemos que toda la provincia del Nuevo Reino y Quito ha quedado reducida a *ciento ochenta y tres* individuos.

(1) *Novi Regni et Quitensis. Historia.* En este tomo pueden verse las anuas firmadas por el P. Gabriel de Melgar, que abrazan el decenio 1642-1652. Allí se explica brevemente la misión de Santo Domingo y la de Guayana.

CAPÍTULO VIII

SAN PEDRO CLAVER

SUMARIO: 1. Antecedentes de San Pedro Claver hasta ordenarse de sacerdote.— 2. En 1615 se establece en Cartagena y empieza a doctrinar a los negros.—3. Su modo de proceder. El desembarque de los negros.—4. La catequesis.—5. El bautismo.—6. Asistencia a los enfermos.—7. Conversión de moros y de herejes.—8. Última enfermedad y muerte del Santo en 1654 (1).

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Novi Regni et Quitensis. Epistolae Generalium.*—2. *Catalogi triennales.*—3. *Proceso para la canonización.*

1. Mientras la provincia de Nueva Granada desplegaba su celo en la santificación de los españoles y de los indios, y padecía las contrariedades que siempre acompañan en este mundo al ejercicio del celo apostólico, allá en el colegio de Cartagena vivía arrinconado un hombre de quien al principio se hacía poca estimación. No solamente los seglares, sino los mismos Padres de la Compañía le miraron largo tiempo como a un hombre inepto para tratar los negocios, y sólo bueno para catequizar a la ínfima plebe de la sociedad, esto es, a los indios y negros. Y sin embargo, ese oscuro misionero nos

(1) Las noticias que poseemos sobre San Pedro Claver se han derivado principalmente de los procesos que se hicieron en Cartagena de Indias en orden a la beatificación. En 1657, tres años después de morir el Santo, salió a luz su primera Vida, escrita por el P. Alonso de Andrade y publicada con el nombre de Gerónimo Suárez de Somoza. (Véase a Uriarte, *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas*, t. III, número 4564.) Es algo ligera y contiene los datos algo vagos que se habían recogido en las cartas anuas. El año 1658 se empezaron en Cartagena los procesos para la beatificación, y entre otros testigos, fué interrogado con preferencia el H. Nicolás González, coadjutor, que había tratado con el P. Claver durante veintisiete años, los cinco primeros siendo seglar, y los restantes entrado ya en la Compañía y sirviéndole de compañero habitual. El dicho de este Hermano llena 130 páginas en folio en el ejemplar que conservamos de los procesos, y parece ser la fuente primordial de donde sacaron sus noticias los biógrafos posteriores del Santo. No es posible recusar las noticias de este testigo, pues afirma con juramento lo que él mismo presencié. En 1666 salió a luz en Zaragoza la *Apostólica y penitente vida del V. P. Pedro Claver, de la Compañía de Jesús*. Su autor, el P. José Fernández, se apoya constantemente en los procesos. Recientemente se publicó esta Vida, refundida y aumentada por el P. Juan María Solá, en Barcelona, 1888. A estas fuentes se refieren otras biografías secundarias que se han escrito de este Santo.

aparece hoy como la gloria más insigne de la Compañía de Jesús en la primera mitad del siglo XVII.

San Pedro Claver había nacido en Verdú (diócesis de Solsona y provincia de Lérida) el año 1580, de familia humilde, pero sólidamente cristiana (1). Educado primero en su pueblo natal, fué después enviado a Barcelona para continuar los estudios de las letras. Muy desconocida nos es la vida del Santo hasta que entró religioso. Dos o tres rasgos generales se han podido señalar, y esos con alguna indecisión, porque el humildísimo P. Claver parece que hizo especial estudio de no hablar jamás sobre su vida propia y sobre los sucesos que de cualquier modo le tocasen. En 1602 se sintió llamado a la Compañía de Jesús y obtuvo fácilmente la admisión (2). Hizo su noviciado con extraordinarias muestras de fervor, y fué luego aplicado al estudio de las humanidades en nuestro colegio de Gerona, para perfeccionar las que ya había comenzado a cursar en el siglo.

En 1605 le enviaron los Superiores a Mallorca para estudiar la filosofía, o, como entonces se decía, el curso de artes, y el trienio que pasó en aquella isla fué un momento decisivo en toda la vida del Santo, por la dirección espiritual que recibió del humilde portero de Montesión, San Alonso Rodríguez. Hallábase este Hermano en su última ancianidad, y la fama de su virtud corría por toda España. Cuando el H. Pedro Claver llegó a Mallorca, procuró cuanto pudo comunicarse con el santo portero, el cual, sin darse aires de Padre espiritual, instruyó poco a poco y sobre todo infundió en el joven estudiante aquel espíritu de humildad y devoción que él poseía, y le inspiró principalmente un deseo encendido de sacrificarse por Dios, empleando el celo apostólico en ayuda de las almas más desamparadas, como son las de los indios y negros (3). Hasta entonces no sabemos que hubiera concebido San Pedro Claver la idea de pedir las misiones de la India, pero el santo Hermano Alonso, así como le inspiró otras muchas ideas buenas, así también le comunicó vehementes deseos de servir a Dios en aquellas difíciles empresas. Como recuerdo perpetuo de su trato espiritual con el santo portero,

(1) Sobre el nacimiento, patria y familia de este Santo debe consultarse la *Vida de San Pedro Claver... por el P. José Fernández...*, refundida y acrecentada por el P. Juan María Solá, S. J. Barcelona, 1888. Debe leerse principalmente el *Apéndice núm. II*, pág. 513.

(2) *Ibid.*, pág. 31.

(3) Sobre el trato espiritual de los dos Santos en Mallorca, véase al P. José Fernández (I, I, cc. 4, 5 y 6). Acerca de la revelación que tuvo San Alonso Rodríguez sobre la futura gloria de Claver, habla el H. Nicolás González en su testimonio, f. 14, citando al P. Sobrino, connoviado del P. Claver, y a otros tres Padres que se la contaron.

conservó Claver toda su vida un libro manuscrito de avisos espirituales, que le había dado San Alonso Rodríguez.

A fines de 1608, terminado el curso de la filosofía, volvió al continente San Pedro Claver. Ya para entonces había escrito a los Superiores pidiendo la misión de las Indias. Ellos se detuvieron algo en concedérsela, pero después, observando la vocación singular y el fervor de espíritu de aquel hombre, juzgaron que Dios le llamaba para tan difícil empleo, y en el año 1610, debiendo embarcarse para el Perú el P. Alonso Messía o Mejía, diéronle por compañero, con otros sujetos, al H. Pedro Claver. Hasta entonces había estudiado en Barcelona el primer año de teología (1). Desembarcó en Cartagena, y por de pronto fué trasladado a Bogotá, capital del Nuevo Reino, donde la santa obediencia le empleó algún tiempo en los oficios de Hermano coadjutor, obra entonces muy necesaria hallándose las fundaciones en sus principios, y en este humilde estado perseveró cerca de dos años, porque entonces no había comodidad para cursar la sagrada teología. Cuando en 1612 llegaron Padres de Europa que enseñasen a los Nuestros y a los seglares esta facultad, mandó el P. Gonzalo de Lyra, Provincial del Nuevo Reino, que el H. Claver continuase su curso teológico, y así lo hizo de 1612 a 1615. Al fin dió el examen *ad gradum*, y fué aprobado por los examinadores (2). Poco después, en Noviembre de aquel mismo año, le envió la santa obediencia a Cartagena, donde, al lado del P. Sandoval, hizo Claver sus primeras armas en la enseñanza e instrucción de los pobres negros. En esta ciudad recibió las sagradas órdenes de mano del Ilustrísimo Sr. D. Fr. Pedro de la Vega, dominico, Obispo de Cartagena. El 21 de Diciembre de 1615 se ordenó de subdiácono; el 23 de Febrero siguiente recibió el diaconado, y, por fin, el 19 de Marzo de 1616 fué ordenado de sacerdote (3). En aquel mismo año era llamado al Perú el P. Alonso de Sandoval, y dejaba al P. Claver todo el cuidado de los negros.

2. ¿Qué cualidades adornaban al nuevo operario evangélico que empezaba sus fatigas en el colegio de Cartagena? Confieso que desconciertan un poco los informes que leemos del P. Claver en varios catálogos remitidos a Roma desde la provincia del Nuevo Reino.

(1) Véase *Novi Regni et Quitensis. Catalogi triennales*, 1610.

(2) Así lo dice el P. Vitelleschi al concederle la profesión. *Hispania. Epist. de promovendis*, 1601-1684. A Arceo, Provincial, 22 Febrero 1621.

(3) Nicolás González, en su testimonio, f. 27, cita los libros del colegio de Cartagena donde constan estos datos.

En 1616, en el catálogo secreto, leemos estas calificaciones: «P. Pedro Claver: ingenio, mediano; juicio, menos que mediano; prudencia, corta; experiencia de los negocios, corta; aprovechamiento en las letras, mediano; talento, sirve para predicar y tratar con indios» (1). En el año 1642 se repiten con pocas variantes las mismas calificaciones: el ingenio, el juicio, la prudencia y la experiencia llevan siempre el calificativo de *mediocris*; solamente se le llama insigne en el ministerio de catequizar a los negros. En el catálogo de 1649 varían poco las calificaciones, con la diferencia de que el ingenio es bueno y la prudencia pequeña, *exigua*. Difícil se nos hace suponer tanta mediocridad en las aptitudes del P. Claver, cuando por otro lado vemos que siguió todo el curso de los estudios y fué aprobado por los examinadores en el examen *ad gradum*, por lo cual se le concedió la profesión solemne de cuatro votos, que hizo por Abril de 1622 (2).

Observamos, por otro lado, que jamás se menciona al P. Claver cuando se trata de nombrar Superiores, y eso que escaseaban tanto los hombres aptos para gobernar en todas las provincias, pero sobre todo en la del Nuevo Reino y Quito. Nunca asoman indicios de que le consultaran ningún negocio, y según se puede vislumbrar por tal cual anécdota que nos han conservado los biógrafos del Santo, parece que los Nuestros le miraban como a un pobre hombre que no servía para otra cosa sino para lo que estaba haciendo: esto es, para catequizar a los negros bozales que desembarcaban en Cartagena y luego eran distribuidos por otras ciudades de América. Quizá contribuyese a esta estimación la extremada humildad del Santo, que de propósito rebajaba los talentos que Dios le había dado, y llegó hasta el extremo de hacer un acto de abnegación que hoy no se usa ni se debe usar, pero que demuestra el espíritu de humildad que siempre animó a San Pedro Claver.

Era entonces bastante común entre los jesuitas, como ya lo hemos hecho notar en otras partes de nuestra historia, el defecto de ambicionar demasiado la profesión solemne. A muchos de los Nuestros debían corregir los Superiores, porque sin bastantes méritos pedían, o, por mejor decir, exigían el ser incorporados en la Compañía antes de tiempo con el último grado. Pues bien: San Pedro Claver en 1618 escribió al P. General dándole cuenta de los trabajos

(1) *Ingenium: mediocre. Judicium: infra mediocritatem. Prudentia: exigua. Experientia rerum: exigua. Profectus in literis: mediocris. Talentum ad ministeria: ad concionandum et ad Indos. Novi Regni et Quitensis. Catalogi triennales, 1616.*

(2) Así consta en varios de los catálogos trienales.

que empezaba con los negros y proponiéndole al mismo tiempo, que no le diesen nunca grado estable en la Compañía, sino que le dejaran perpetuamente en el estado de los votos de bienio que hasta entonces tenía. A tan humilde proposición respondió el P. Vitelleschi con estas palabras: «El cuidado de doctrinar y ayudar espiritualmente a los morenos, con que V. R. dice en la suya del 23 de Julio del año pasado 1618 que andaba ocupado, estimo y alabo muy mucho, no sólo por el grande provecho que de ello resultará en esas almas, con mucha gloria del Señor que las redimió, sino por el aventajado premio que Su Divina Majestad tiene aparejado a quien con tanto fervor ejercita esa obra, como entiendo que lo hace V. R., de cuya modestia en pedir que le deje sin grado firme en la Compañía quedo edificado, pero tengo por mucho mejor el ponerse en la debida indiferencia para lo que la misma Compañía resolviere en ese particular de la persona de V. R., pareciéndole ser esa la voluntad del Señor» (1).

3. Consagrado el P. Claver a la conversión e instrucción cristiana de los negros, no varió sustancialmente los procedimientos que había entablado el P. Alonso de Sandoval. Contentóse con ejercitarlos perpetuamente con una constancia superior a todo encarecimiento y venciendo dificultades que hoy nos asombran, pues parecen superiores a las fuerzas limitadas de nuestra pobre naturaleza. Describiremos brevemente el curso ordinario de fatigas, que periódicamente se imponía el Santo para la instrucción de los negros. Cuando sabía que llegaban al puerto de Cartagena algunas naves cargadas con ellos, se disponía inmediatamente a visitarlos (2). Ordinariamente no se permitía el desembarco hasta después de algunos días, pues la Autoridad necesitaba asegurarse primero si los negros venían inficionados con la viruela o con otras enfermedades contagiosas, bastante frecuentes entre ellos. Mientras los médicos hacían sus inspecciones facultativas, el P. Claver giraba también por las naves una visita de caridad y de preparación para la salud de aquellas almas.

Saltaba en el bote, acompañado de tres o cuatro negritos intérpretes y llevando consigo algunos saquitos llenos de frutas, conservas y otros regalitos que pudiera repartir entre los negros. Entrando en la nave, si los intérpretes sabían la lengua de los recién llegados, no

(1) *Novi Regni et Quitensis. Epist. Gen. A Claver, 7 Junio 1619.*

(2) Todo lo que sigue está tomado del testimonio del H. Nicolás González (ff. 28, 99), que solía ser el compañero del Santo en estas fatigas.

había dificultad. Ellos les decían en breves palabras quién era el Padre y los grandes deseos que tenía de su felicidad. El Padre les hablaba: con palabras o con gestos, como podía, les daba a entender sus deseos de favorecerles, y les quitaba ciertas vanas aprensiones que solían ellos tener, de que los traían a Cartagena para degollarlos y para servirse de ellos en oficios que les habían de acarrear infaliblemente la muerte. Protestaba el Padre que él estaba allí sólo para favorecerles; que él sería su abogado y protector, y, sobre todo, que él les enseñaría el camino del cielo, donde habían de ser felices por toda la eternidad. Juntamente repartía sus donecillos y procuraba animarlos a todos.

Para aquellos hombres, tratados hasta entonces con tanta dureza y con soberano desprecio, la presencia del P. Claver era como una aparición celestial que les bañaba el alma de inefable consuelo. Desde entonces le cobraban un cariño filial y no sabían separarse de su lado. Al fin se despedía de todos, prometiendo volver en el momento del desembarque. Y, en efecto, allí se presentaba el P. Claver acompañado de algunos negros robustos y llevando en pos de sí unos cuantos carros que él había alquilado para el transporte de los enfermos. A la orilla del mar estrechaba el Padre las manos de los negros que iban saltando en tierra. Cuando había acabado el desembarco de los sanos, seguía la vez de los enfermos, y entonces el Padre, adelantándose con algún negro robusto, tomaba en peso al primer enfermo y lo transportaba a los carros. Los otros negros que él había llevado consigo repetían la misma faena, y en poco tiempo los enfermos de la nave estaban acomodados, bien o mal, en los carros reunidos por el P. Claver. Con este cargamento iba el Padre hasta los almacenes o patios en que solían depositarse las cargaciones de negros. Allí acomodaba lo mejor que podía a los pobres enfermos, reunía luego a los sanos y fijaba el día y hora en que se había de presentar él otra vez, para enseñarles a todos el camino del cielo.

4. Para la instrucción de los recién llegados era necesario casi siempre recurrir al auxilio de varios intérpretes (1). Aunque el P. Claver pudo aprender medianamente la lengua general de Angola, pero siendo tan variados los idiomas que hablaban los negros, jamás pudo prescindir de algunos intérpretes, por cuyo medio se entendía con los africanos. Al principio pedía estos intérpretes prestados a los amos españoles, pero como no siempre los tuviera a su dis-

(1) *Ibid.*, ff. 31 y 32.

posición cuando los necesitaba, discurrió el medio, muy natural, de alquilar por su dinero algunos esclavos y tenerlos continuamente a su arbitrio, para servirse de ellos cuando fuera menester. Deseando asegurar la continua posesión de estos negros, avisó el Santo a nuestro P. General Mucio Vitelleschi de lo que se había pensado, y procuró que Su Paternidad apoyase la determinación que había tomado, de que no le empleasen sus negros en otras ocupaciones que les impidiesen el catequizar a los neófitos.

El P. Vitelleschi respondió con palabras sencillas y afectuosas, que merecen reproducirse, para edificación de nuestros lectores. Escribiendo al Santo el 2 de Febrero de 1628 le decía así: «Con particular consuelo he leído la de V. R. de 17 de Julio de 1626, en que me avisa lo mucho que tiene que hacer en el ministerio de los morenos, que la santa obediencia le ha encargado y ejercita con tan grande edificación de los de esa ciudad y no menos fruto de los morenos que a ella acuden. Edificome del santo celo con que V. R. trabaja en ese empleo de tan grande servicio de Nuestro Señor, y le ruego mucho que lo prosiga con el fervor y buen aliento que hasta aquí, y espere de Nuestro Señor cumplido premio de sus buenos trabajos. Al P. Provincial encargo ahora, que no se vendan ni truequen ni quiten a V. R. los ocho o nueve intérpretes negritos que tiene, pues son tan necesarios para hacer como se requiere ese ministerio. Espero que lo cumplirá puntualmente. Con el mismo gusto acudiré a cualquiera otra cosa que fuera del consuelo de V. R., como es justo que se haga con quien así lo merece» (1). En el mismo correo, escribiendo al P. Provincial Florián de Ayerbe, le encarga que de ningún modo se quiten al P. Claver sus negritos, dejándoselos para que le ayuden en el santo ministerio de catequizar a los esclavos.

Llegado, pues, el día convenido, el P. Claver se ponía un crucifijo al pecho, tomaba una alforja de regalitos al hombro, empuñaba un palo que terminaba en una cruz, y, acompañado de sus intérpretes, se dirigía al patio principal, donde habían de reunirse los negros. Allí procuraba acomodarlos en bancos, o tablas, o cajones, que él buscaba por uno y otro lado, para que pudieran estar sentados con menos incomodidad; hacía también llevar algunas sillas para que se sentaran los intérpretes. El primer trabajo que se tomaba era averiguar si estaban bautizados los esclavos. Uno a uno se lo iba preguntando, y en secreto, para que no oyesen los demás la respuesta, por-

(1) *Novi Regni et Quitensis. Epist. Gen. A Claver, 2 Febrero 1628.*

que había observado, que si la pregunta se hacía en voz alta, todos respondían maquinalmente lo que había respondido el primero, fuese o no verdad. Recorriendo, pues, de este modo uno por uno todos los esclavos, averiguaba los que no habían recibido el sacramento del Bautismo. Solían ser casi todos, y aun los bautizados no lo estaban con tanta certeza, que no fuese necesario renovar el sacramento *sub conditione*.

Hecha esta diligencia preliminar, poníase en medio del patio el P. Claver, y mandaba a los negros que hiciesen lo que le veían hacer a él. Los intérpretes se lo repetían a cada grupo en su lengua. Empezaba el Santo poniendo la mano en la frente y diciendo: *Por la señal de la Santa Cruz*. Repetía lentamente las palabras y el acto de signarse y santiguarse. Imitaban su acción los negros, y después el Padre íbalos examinando uno por uno. Si el neófito repetía bien, le alababa el Padre; si erraba, el santo varón le daba un golpecito en el hombro y le mandaba atender otra vez. Repetía delante de él la misma acción de signarse y santiguarse, y no se apartaba de allí hasta que el negro hubiera aprendido lo que se le enseñaba. Hecho esto, procedía a la enseñanza de los artículos de la fe y de los mandamientos. Para este trabajo, que requería más largas explicaciones, servíase generalmente de los intérpretes. Dividía a los negros por grupos, poniendo a cada uno en torno del intérprete, al cual hacía sentarse en una silla. Ellos hacían la instrucción, y entretanto el Padre, tomando un cubo de madera, lo volvía del revés y allí se sentaba, en medio de todos, presidiendo aquella caritativa instrucción y rogando a Dios por la salvación de aquellas pobres almas.

Cuando, después de dos, tres o más horas de esta faena penosa, llegaba el momento de terminarla, el Padre se ponía otra vez en medio, empuñaba el crucifijo, y con breves, pero ardentísimas palabras, repetía en alta voz: «Jesucristo, Hijo de Dios: Tú eres mi Padre y mi Madre y todo mi bien; yo te quiero mucho; pésame en el alma de haberte ofendido. Señor: yo te quiero mucho, mucho, mucho.» Repetía el Padre estas palabras sencillísimas, que los intérpretes declaraban brevemente a cada uno en su lengua. El Hermano coadjutor Nicolás González, compañero habitual del P. Claver, y que presencié innumerables veces este acto, confesaba después que el santo varón se revestía en este momento de tal fervor de espíritu y pronunciaba las palabras con tan tierna devoción, que todos los negros, aun cuando no entendiesen bien lo que él decía, se postraban como electrizados por aquel hombre, y repetían afectuosamente las dos

ideas sencillísimas que el Padre les inculcaba: arrepentimiento de los pecados y amor de Dios Nuestro Señor; y repetía cada uno como podía aquellas dos ideas: Te quiero mucho; pésame en el alma de haberte ofendido. Con este acto de ternísima devoción se despedía el Padre de los negros hasta otro día (1). Repetíase esta operación durante varios días, hasta que el Santo se aseguraba de que los negros estaban bien instruidos en el credo, en los mandamientos y en las principales oraciones de nuestra Santa Madre la Iglesia.

5. Dispuestos así los ánimos para recibir el sacramento de la regeneración, les preguntaba el P. Claver si deseaban de veras ser cristianos e ir al cielo para gozar de Dios. Todos, naturalmente, respondían de ordinario que lo deseaban de todo corazón. Asegurado del buen afecto y propósito de todos, disponía las cosas para administrar el santo bautismo. En medio del patio levantaba un modestísimo altar, y en él exponía a la vista de todos un lienzo de pocas pretensiones artísticas, pero que tenía eficacia singular para confirmar a los negros en el deseo del bautismo. Representaba a Cristo Nuestro Señor en la cruz, brotando por sus cinco llagas abundancia de sangre, que se recogía en una grande vasija. Al lado del crucifijo aparecían pintados el Papa, cardenales, obispos, reyes y guerreros, autorizando con su presencia el acto del bautismo. Un sacerdote tomaba con una concha el sagrado licor que descendía de las llagas de Cristo, y lo derramaba sobre la cabeza del catecúmeno. En la parte inferior del cuadro aparecían en un lado negros limpios, aseados y gozosos, representando en su semblante la gracia que habían recibido: eran los negros bautizados. Al otro lado se divisaba otro grupo de negros sucios, hediondos y rodeados de fieras que los querían tragar: eran los negros que rehusaban bautizarse. Mediante esta pintura, toscamente ejecutada, infundía como por los ojos en el ánimo de los pobrecitos negros el deseo de recibir el agua bautismal. Con las ceremonias usadas por la Iglesia administraba a todos el santo bautismo, y tomaba la precaución de ir imponiendo el mismo nombre a cada 10 individuos; se lo repetía una y muchas veces, y les aconsejaba que unos a otros se lo repitiesen, para que no se les olvidase. Por último, les ponía en el cuello una medalla con las imágenes de Jesús a un lado y de María Santísima al otro, y esta prenda servía para distinguir a los negros que estaban ya regenerados en Cristo (2).

(1) *Proceso para la canonización. Testimonio del H. Nicolás González, ff. 31 y 32.*

(2) *Ibid., f. 35.*